

al sepulcro con la corona tejida por nuestra admiracion y nuestro respeto; perpetuemos la memoria de los que han obrado bien y han sido útiles á los demas; sigamos el noble ejemplo de su vida, y con esto habremos honrado mas su memoria que derramando lágrimas estériles sobre su cadáver.—Dije.

Setiembre 9 de 1872.—EDUARDO LICEAGA.

Discurso pronunciado por el Sr. profesor D. Gil Servin, nombrado para el efecto por la Sociedad Médica de Beneficencia.

La Sociedad Médica de Beneficencia, no por encontrarme con aptitud, sino atendiendo tal vez á mis afecciones íntimas hácia nuestro compañero el distinguido profesor D. José María Barceló y Villagran, me ha hecho la honra de elegirme para que la represente hoy en el funeral de uno de sus mas esclarecidos miembros.

Si á tal consideracion debí ser electo no en balde apeló á mí, hondamente lastimado en el corazon con la sensible pérdida de un amigo, para que fuera el intérprete fiel de sus lúgubres sentimientos.

Antes de continuar debo protestarle á la Sociedad mi reconocimiento.

Ligado con el Sr. Villagran por una antigua amistad, y desempeñando á su lado hace muchos años un cargo en uno de los hospitales del municipio, tuve mejor que nadie, como testigo presencial, dia por dia, hora por hora, la oportunidad de apreciar con provecho mio los resultados fecundos de su vasto saber y de admirar á cada paso los variados matices de sus virtudes eminentes.

La muerte es un fenómeno fisiológico que á cada momento presenciamos; es un suceso natural que todos esperamos, unos tranquilamente, otros con zozobra; pero cuando ella hace presa en una persona que nos es cara ó que por sus virtudes y talento se ha hecho acreedora al aprecio universal, nuestro corazon, el instinto quizá de la conservacion de todo lo que es bueno, ó, en fin, el interes comun y recíproco parecen sublevarse protestando enérgicamente contra un hecho, inevitable sin duda, pero que nosotros vemos preocupadamente como expropiacion, porque se nos priva de una existencia necesaria, á nuestro juicio, para el bienestar privado ó para el movimiento regular y perfecto de la máquina social.

Quisiéramos que estos seres privilegiados pasaran invulnerables y llenos de vida al través de muchas generaciones sucesivas, derramando incesantemente sobre la tierra los benéficos frutos de su saber y de sus buenas obras.

Mas esto es imposible. El *morte morieris*, el anatema del fin de la materia viviente grabado en ella desde los primeros instantes de la concepcion, es una ley inapelable de la que nuestro sentido amigo el Dr. Villagran no pudo sustraerse. La muerte le sorprendió en medio de su carrera esplendente. El cuerpo fatigado despues de una larga y penosa travesía vuelve otra vez á la morada primitiva. La tierra reclamó ya la materia como uno de sus despojos, pero la memoria de sus grandes acciones sobrevive. El alma purísima, despojándose de su pesada cubierta, se ha elevado á ocupar el asiento que se le tenia designado en la mansion eterna.

Justo, sí, muy justo es lamentar la pérdida del buen ciudadano; pero la religion exige que nos resignemos acatando los decretos de la Providencia. Consolemonos algun tanto con el valioso legado que nuestro amigo nos deja; un ejemplar digno de imitarse por todos aquellos que aspiren al verdadero título de sábios.

Recordemos, aunque sea muy rápidamente, los principales hechos con que formó los cimientos sólidos de su reputacion.

El diploma de profesor lo obtuvo llenando con lucimiento los requisitos de reglamento y desde luego comenzó á desempeñar sucesivamente y sin solicitarlo jamas, diversos empleos, para los que se requeria no solo ser instruido, sino tener tambien una probidad intachable. Sin cesar se le consultaba, ya en lo privado, ya oficialmente, en asuntos muy difíciles de la profesion y mas á menudo en las cuestiones delicadísimas de medicina legal.

Las sociedades científicas de México solicitaban con ahínco su cooperacion y tenian á honra contarle en el número de sus miembros.

Avaro de palabras, era de una prodigalidad sin tasa cuando se trataba de promover ó de llevar á cabo alguna mejora en provecho de la ciencia ó de la humanidad. Las publicaciones médicas de nuestro país y varias de las del extranjero contienen muchas observaciones y trabajos notables sobre diversos ramos de la profesion. Ciertas ideas prácticas sobre derrames torácicos le son propias. En los hospitales se conocen instrumentos quirúrgicos inventados por él, muy ingeniosos y de verdadera utilidad en el arte. Hizo tambien modificaciones ventajosas en algunos procedimientos operatorios, que debieran llevar su nombre.

¿Quién no le vió con el cuchillo en la mano ejecutando operaciones difíciles con una firmeza y una seguridad envidiadas aun por los mas acreditados cirujanos? ¿Quién no ocurrió á él consultándole en esos casos gravísimos en que su voto, resultado de una larga y bien dirigida práctica, era de una autoridad tan respetable? ¿Se atreveria alguno á negarle la bien adquirida fama de médico docto y de hábil cirujano?

No debo terminar este breve relato sin llamar la atencion sobre uno de las mas admirables dotes que caracterizaban al Sr. Villagran: el colorido mas bello de sus obras, el retoque de perfeccion que daba á todas ellas, era la excesiva modestia con que las ejecutaba. Parecia que él mismo ignoraba su propio mérito.

Creo tambien indispensable, para hacer menos incompleta mi descripcion, recordar que formaba parte del respetable y verdaderamente ilustrado cuerpo de catedráticos de la Escuela de Medicina de México, adonde no es dado penetrar sino por medio de una oposicion rigurosa y con un buen fondo de conocimientos. En resúmen, nuestro socio llegó al máximum de los honores que se pueden ambicionar en la profesion médica.

Si nos remontamos ahora al exámen de las mas bellas cualidades de su alma, otra no menos luminosa estela descubrimos en el océano inmenso de sus virtudes. Al caudal de los conocimientos humanos supo añadir el tesoro inapreciable de la verdadera sabiduría: aparece entonces con el aspecto de un sábio de otra especie: bajo la venerable figura de un sábio de mejor ley, ataviado con las insignias de esa ciencia que el humilde Job decia no ser comparable con los ricos tintes de la India, ni con los finos topacios de la Etiopía: ciencia mas valiosa que el zafiro y que no debia trocarse por el cristal purísimo, ni por los vasos de oro.

Era, en fin, nuestro sentido maestro, la imagen viva del mismo Job en los tiempos de su prosperidad. «El padre de los pobres. Ojo del que no veia. Pié para

el que claudicaba y amigo del desvalido, que con afán investigaba el remedio de sus sufrimientos.»

La naturaleza, por mas vigorosa que fuera debia ceder y cedió al fin á tantas fatigas, pero luchando heroicamente. A pesar de una enfermedad terrible viósele, no digo en sus últimos dias, sino pocas horas antes de fallecer, acudir solícito al llamado del pobre, y arrastrándose casi en brazos de sus hijos dar cumplimiento á los deberes sociales y á los de su religion.

¡Con cuánta razon podria haber dicho poco antes de morir como el valeroso espartano Leonidas: «Voy á morir, sí, pero es en sacrificio de mis deberes de ciudadano!»

Estos son, señores, los títulos con que uno de los miembros de la Sociedad por quien tomo la palabra se ha hecho con exceso acreedor á los honores fúnebres que todos á porfia venimos á tributarle. El numeroso é ilustrado concurso que rodea su túmulo y que consternado viene á darle el último adios es otro testimonio flagrante de la justicia con que venimos á honrar su memoria; testimonio mas competente y respetable por cierto que el reducido tribunal de cuarenta jueces del antiguo Egipto, en el que acordaban ó no, segun sus méritos, los funerales á los reyes y magistrados.

¡Qué material mas copioso y digno de la corona fúnebre con que debemos ornar las sienas de nuestro eminente conciudadano! Entretejida con el laurel de sus espléndidos triunfos científicos; esmaltada con los brillantes episodios de su vida doméstica y exhalando el aroma fragante de todas las demas virtudes de su alma, formará un conjunto grato á su memoria que vivirá inmarcescible como la página de su gloriosa historia escrita para la posteridad.

México, 9 de Setiembre de 1872.—GIL SERVIN.

—••—

ODAS

Ante el cadáver del Dr. D. José Maria Barceló y Villagran.

Si la vida es un cielo, y si la muerte
Es la noche mas negra de ese cielo,
Cuando el hombre al nacer deja encendida
La luz inmaculada de sus huellas,
Cuando igual á la tarde
Sucumbe coronándose de estrellas,
Y haciendo en su caída
De un astro nuevo aparecer la cuna,
Entonces esa sombra maldecida
Que se alza del abismo de la nada,
Si es la noche en el cielo de la vida,
En el cielo del triunfo es la alborada.